

DISCURSO DE INGRESO

FERNANDO DORADO MARTÍN
Numerario

Excmo. Sr. Director de esta Academia, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Ilmos. Sres. Académicos, Sras. y Sres.:

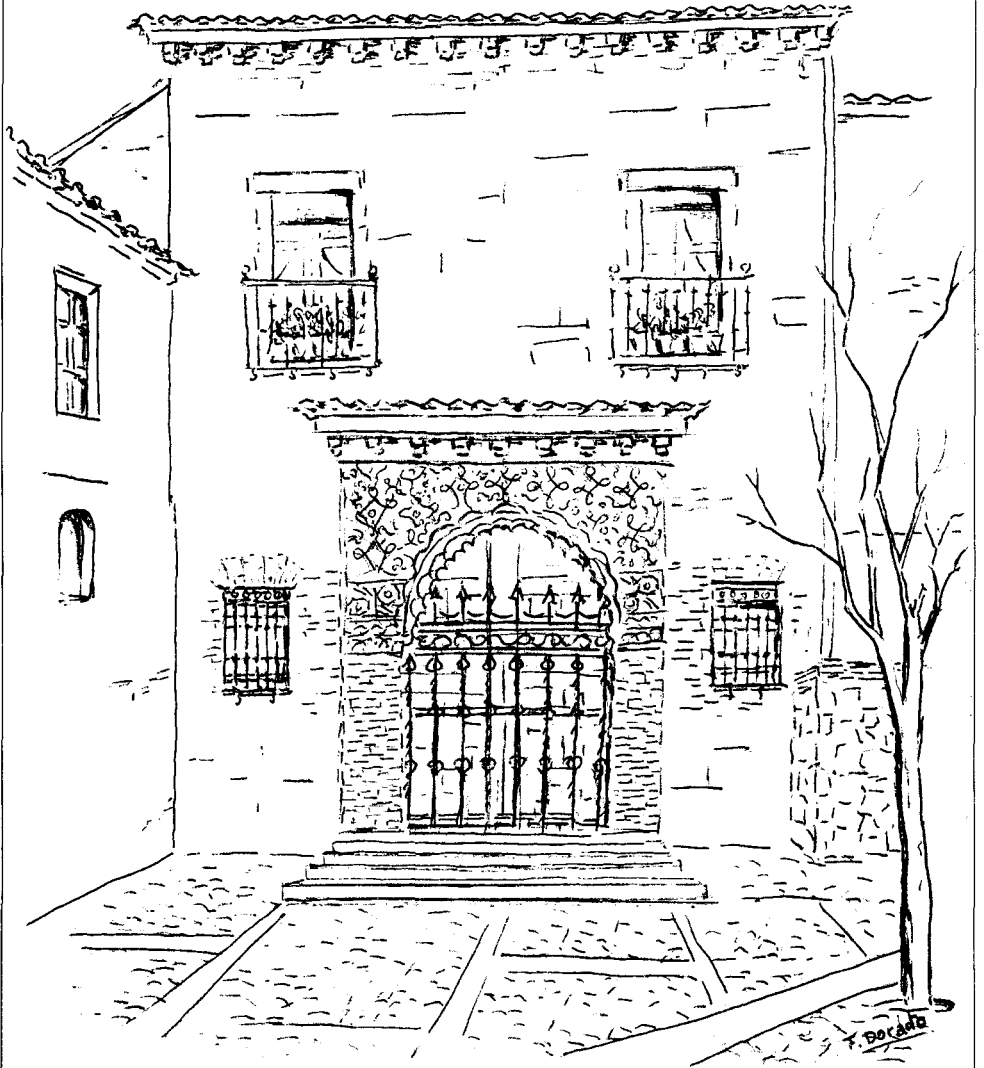
Vengo a ocupar un sillón de esta Academia, por elección de los miembros de la misma, designación que me ha producido una de las mayores satisfacciones de mi vida, y por lo que expreso aquí mi también mayor agradecimiento.

En mi voluntad está la promesa de esforzarme en contribuir en lo posible a la colaboración conforme a lo que establecen los Estatutos y Reglamento de la Academia.

En la elección supongo que habrá sido estimada mi aplicación a la Pintura desde muchos años atrás, dedicación que yo valoro más por el tesón que desde el principio me acompañó y por el gusto que siempre sentí por ella. Las Bellas Artes fueron para mí desde muy joven centro de interés; para ellas tuve también mi atención escribiendo para llevar a letra impresa algo de lo que iba pensando. Y Toledo asimismo fue punto importante de mi vida; no en balde en esta ciudad nací, en la calle de la Soledad, en casa cercana a la que dicen que tuvieron asiento los Templarios.

El sillón al que estaré adscrito, que corresponde al número 5, antes le tuvieron el que fue mi querido profesor D. Enrique Vera Sales y los para mí también con recuerdo cariñoso D. Manuel Romero Carrión y D. Francisco Rojas Gómez, con estos dos habiendo compartido, en décadas ya distantes, programas de con-

Portada de la Academia



cursos y exposiciones pictóricos. Mi inmediato antecesor lo es D. Juan Nicolau Castro.

D. Juan Nicolau Castro dejó vacante su plaza de Académico Numerario por voluntad propia, porque sus horas de dedicación docente le impedían, según consideró él, poner el empeño con que hubiera querido seguir desarrollando en la Academia. A ésta aportó su extenso saber y su fructífero trabajo durante cerca de diecisiete años. D. Juan Nicolau es Doctor en Historia del Arte por la Universidad Autónoma de Madrid y ejerce como Catedrático de Geografía e Historia en el Instituto «El Greco», de Toledo; antes fue Profesor de Arte Antiguo en la Universidad de Deusto. Siente especial interés por el arte religioso de los siglos XVII y XVIII.

He escuchado de tan ilustre Profesor muy interesantes conferencias y he releído algunas de las impresas. Ellas me vienen a la memoria y cito algo de lo que he podido recoger:

En su discurso de ingreso en esta Academia, habló de un imaginero toledano poco o nada conocido en nuestro tiempo, que era Germán López, contemporáneo de Francisco Salzillo, Luis Salvador Cardona y Juan Pascual de Mena. El conferenciante Nicolau, en la ocasión, fue mostrando la riqueza imaginera española del siglo XVIII, a que pertenecieron esos escultores, comprendidos en la última fase del Barroco; autores ellos muy a destacar de la época, salvo Germán López, más limitado pero que, no obstante, dentro de una parcela provinciana produjo obra de muy buena presencia.

Fuera de esta sede académica, esta vez en el Museo del Greco, el Dr. Nicolau había hablado sobre «Escultura en tiempo de Felipe II» a propósito de celebrarse el 4.º Centenario del falleci-

miento del monarca¹, y pudo oírsele detenido e instructivo repaso de la obra artística ejecutada en el Monasterio de El Escorial por el escultor toledano Juan Bautista Monegro; toledano así considerado aunque su origen lo fuera de tierra cántabra. El escultor labró para el Monasterio escorialense las seis grandiosas figuras colocadas de reyes del Antiguo Testamento, más las de los cuatro Evangelistas que adornan el templete del claustro central, todas ellas correspondientes a un clasicismo figurativo, nada manierista. Siguiendo la lección, dijo que en Toledo fue el artista que a sus veinte años de edad proyectó y prestó su trabajo en la Puerta de la Presentación de la catedral, y que más tarde era maestro mayor en el Alcázar, así como autor de las conocidas esculturas de Carlos V y de su mujer Isabel de Portugal, la última emplazada en el patio del Palacio de Fuensalida.

D. Juan Nicolau en el antes citado discurso de ingreso, dejó dicho: «Pero el ser miembro de número de esta Institución entraña, ante todo, una serie de obligaciones de las que, a mi entender, la primera es velar por el patrimonio que los siglos depositaron en esta ciudad única, y a este deber no podía sustraerme dejando de aportar mi grano de arena. Porque nos encontramos en un momento clave para el futuro de Toledo. A la vuelta de pocos años muy posiblemente se verá si Toledo ha sabido mantenerse, remontándose por encima de dificultades sin cuento, o es algo que fue, pero que se nos perdió irremediablemente».

La prestigiosa publicación «ALBOR», revista de ciencia, pensamiento y cultura, distribuida por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número de noviembre-diciembre 2001, dedicado a Ciudades milenarias, en que como editor figura nuestro Director D. Félix del Valle, inicia él sus páginas con esta invitación:

¹ Conferencia en 26-5-1998.

«¡Salvad las ciudades milenarias!». Más adelante, en artículo que llama nuestra atención «Ciudades milenarias, visitarlas, conservarlas, vivirlas», espigando entre los ricos contenidos, encontramos uno como éste: «El visitante espera encontrar una ciudad medieval como una isla o un oasis en este comienzo del siglo XXI, donde descansa su vista y su estrés de los estragos que cada día hace en su espíritu su vida cotidiana». En este extracto encontramos el llamamiento a conservar cuanto nos dejaron anteriores civilizaciones en estas ciudades, sin que quepan adulteraciones ni sustituciones que hagan desaparecer sus valiosos tesoros.

El doctor D. José Botella Llusíá, a quien recientemente por la Academia se le rindió homenaje en este mismo lugar, en también cumplido artículo de la revista, compara las visiones que desde lejos se ven ciudades históricas españolas con Toledo, y dice así: «Desde Sonsoles, desde el Valle de Amblés, el Ávila que se ve está desfigurada por casas nuevas hechas extramuros. Apenas desde los Cuatro Postes se ve todavía algo, pero rodeado de edificaciones modernas. Otro tanto sucede en Segovia, donde ha habido que parar la construcción de una casa que tapaba por completo el Acueducto. La vieja Valladolid ha desaparecido y Salamanca se conserva bella, pero difuminada. En cambio Toledo ha crecido mucho en sus ensanches, pero desde cualquier parte que se le mire, conserva su «Ilustre Pesadumbre» igual que la vio Garcilaso. Los grabadores antiguos presentan una imagen igual que la que vemos cuando en verano cenamos en la terraza de el Parador».

Intentaremos sacar jugo prácticamente de esas reflexiones, dando un paseo por el interior y alrededores de Toledo. Y lo haremos fijándonos en puntos menos tratados, manifestando nuestras propias conclusiones. Pero habremos de advertir que no nos pondremos a hacer una descripción más de lo que a grupos de estu-

diosos y curiosos se vienen ofreciendo en la actualidad. Ya hace años los solía dirigir en el buen tiempo, aquel Inspector Jefe de Enseñanza Primaria que se llamaba Pedro Riera Vidal, hombre de sensibilidad exquisita que llenó de prosa poética y entonó con sentido altamente didáctico sus amenas guías «*Un día en Toledo*» y «*Una noche en Toledo*»; en sus recorridos, acompañados por complacidos oyentes, su palabra vibraba fluida, culta y grata. Fueron años en los que el arquitecto Lagarde ideó itinerarios nocturnos aplicando de tramo en tramo receptáculos hendidos en la pared amparando focos de luz para proyectarla indirectamente, con que consiguió efectos de sugerentes poéticos misterios. Y son otros textos que cuentan y conducen al viajero y al residente por rincones y encrucijadas de interés histórico y artístico que posee importante la ciudad. D. Luis Moreno Nieto nos lleva a ver y a recrearnos en muchas de las cosas que habíamos ignorado o por las que habíamos pasado inadvertidos, con su pequeño, pero lleno de esencias, libro «*Una vuelta al Valle*».

Algo de ello quiero decir aquí en estos momentos, pero no de modo que muestre repetición y sí, ese es mi modesto intento, recordar lo que he podido ver, escuchar y pensar.

Salgo de casa una mañana de sábado, más bien temprano. Empiezo mi andadura por una calle que considero muy mía porque vivo en una de sus casas, en la calle de la Trinidad. Calle que encuentro de interés para quien la recorre. Tengo que volver sobre mis pasos porque me he precipitado en afán de alcanzar lo más sobresaliente de Toledo. He dejado atrás elementos que con muchos otros componen el conjunto de la ciudad, que debiéramos tener en cuenta para calar en todo lo que nos rodea. Esta calle de la Trinidad, un tanto serpenteante, hace aparecer por sorpresa, antes oculta, si arribamos hacia Santo Tomás, la portada de la iglesia de San Marcos,

portada formando cartabón con edificio colindante. En restauración para convertirla en centro cultural, no se han querido reponer las estatuas que en otro tiempo cobijaron las hornacinas de esa fachada principal; falta que acusó en sus páginas de «*Las calles de Toledo*» su autor D. Julio Porres Martín-Cleto. A esos huecos, en sus fondos se le ha dado un color naranja que desdice notoriamente del noble greco-romano de granito que adorna este frente. Casi al principio de la calle, otra buena portada la enriquece; es la del casón de antigua denominación palacio de Oñate, ahora despachos de la Viceconsejería de Cultura, que sobre marco de un buen renacimiento una moderna obra de D. Cecilio Béjar preside lo alto de la entrada con una Santa Bárbara, patrona del Arma de Artillería, porque la Fábrica de Armas, que tenía encomendada su gestión ese Cuerpo militar, tuvo aquí asentamiento de algunos servicios; antes, mucho antes, lo tuvo una academia de enseñanza, el «*Pedagogium*», dedicada a preparación de estudios medios, cuando en Toledo eran impensables para muchos jóvenes otros más superiores. Retrocediendo, veremos tres ó cuatro puertas con enmarcamientos de piedra apreciables, de las que sobresale la de la capilla de la Inmaculada Concepción, perteneciente al Palacio Arzobispal. En el interior de esta capilla, acicalada y puesta en servicio el año pasado, muestran tres grandes pinturas adosadas a las paredes rodeando el presbiterio: la del fondo, con una Sagrada Familia, de autor de nombre Conrado; del lado del Evangelio, representando a San Eulogio, arzobispo electo de Toledo, animando a las que iban a ser martirizadas Santas María y Flora, y en el lado de la Epístola la representación titulada «*Degollación de San Vicente Lorenzana*». Óleos debidos los dos últimos a Ramón Seyro, discípulo de Maella, un Seyro del que se tiene noticia de que le faltaban las dos manos, lo que extraña que en lienzos de grandes dimensiones pudiera llevar a cabo las obras pintando, se supone, con la boca. Puestos a indagar sobre esta minusvalía, no se han hallado antecedentes en posible

contrato en el Archivo del Palacio Arzobispal, por lo que habrá que remitirse a lo que consta en el «*Toledo en la mano*» de Sixto Ramón Parro. En cambio, casualmente, hemos sido informados de la colección de Pintura contenida en dicho Palacio.

Acostumbrados como estamos a repetir en la memoria las obras artísticas más destacadas o más sonadas que se posee en nuestro entorno, hay unas más que no deben caer en nuestro olvido porque son acreedoras de muy alto aprecio. Solemos atender principalmente, entre otros de la ciudad, a los cuadros valiosos de la Catedral, que si hubieran de ser trasladados a amplias salas fuera de la Sacristía, formarían por sí solos un espléndido y aún más llamativo museo de Pintura. Pero bien están en los lugares para donde fueron destinados. Existen otros dignos de mención como los que cuelgan en dependencias del Palacio Arzobispal: veinticuatro, en depósito, del museo del Prado, pintados por Felipe Ariosto relativos a reyes de Aragón; de propiedad, un *Ecce Homo* de Murillo, Carlos IV de Goya, otro de Antonio M.^a Esquivel, y uno más, de Van Loo; también, uno atribuido a Juan Correa, más un San Agustín a José Ribera, junto a la Imposición de la Casulla a San Ildefonso de Luis Tristán o Escuela.

Voy a dejarme ahora de más relaciones, pero que no curándome de ellas, más adelante volveré a otras tantas por haberme propuesto hacer prácticas de memoria, ejercicio que recomendaba aquel gran pedagogo que fue el permanente estudioso profesor D. Guillermo Téllez. Ya puestos a recordar a este benemérito hombre, al que se veía con frecuencia sentado ante un velador del desaparecido Café Español, lleno con sus papeles, a veces sus ojos perdidos ante el techo pintado por José Vera, dijo alguna vez que en la calle del Comercio y sus aledaños podría ser tolerada la introducción de unos cuantos más elementos novedosos en casas y establecimientos de

ventas, porque estando ya la calle tan alterada respecto a siglos pasados, normas de contención no conseguirían que la zona volviera a otro tono más tradicional.

Impensable sería que a quienes pueblan una ciudad de las calificadas como históricas se les privara de tiendas engalanadas y luces llamadoras de la curiosidad anhelante de bienes que ofrece el correr de los años. Con la prudente limitación, compartir estos atractivos con la celosa guarda de los testimonios de vida anterior, es lema que está presente en cuantos vecinos moran en ciudades como esta nuestra de Toledo. Calle del Comercio y plaza de Zocodover fueron testigos no ha mucho tiempo de jóvenes y de otros no tanto, que hallaron lugar de expansión con simples paseos para encontrarse y relacionarse; sin escaparates y luces no hubiera sido posible esa expansión. Siguen estos lugares como centros de cita para compras, celebrar y verse; como lo fue el añorado paseo del Miradero, para el que deseáramos que entrara en el nuevo proyecto la recuperación de los árboles que en su día le hermosearon. Pensamos que a este espacio debiera dársele un aire natural, que incluso agradecería a concurrentes a actos de ese esperado Palacio de Congresos, ascendiendo desde salas del interior en intervalos de descanso. Paseo del Miradero, plataforma desde donde pudo contemplarse en otro tiempo espléndido panorama combinando caprichosas quebradas de cerros rojizos, contrastados con llanas superficies acuarteladas de variado verdor que daba la huerta de la margen derecha del río. Antes de ser desalojado, un hortelano se manifestaba así: «Si me asegurasen que podría permanecer aquí, bien que me preocuparía de adecentar mi casa y parcelas de labor». Desaparecidas estas huertas, se prefirió formar un parque, el de Safont, poco concurrido una vez hecho, con el agravante del desembolso necesario para su mantenimiento.

Vamos a emprender una marcha siguiendo la hoz del Tajo que envuelve al recinto histórico de Toledo. Cruzamos el puente nuevo bajo de la Puerta de Doce Cantos, abierto en 1931. Desde donde empieza la carretera de circunvalación, pasos atrás, vemos delante el Puente de Alcántara restos de demolición del edificio de la desusada elevadora de aguas. La Confederación Hidrográfica del Tajo planeaba embellecer las orillas y laderas sustituyendo el cuadrilongo que no tenía ninguna significación arquitectónica valorable, pero una oposición distorsionadora dio lugar a que lo programado no prosperase. Artistas pintores siempre dejaron de poner en sus lienzos tal cuadrilongo, porque resultaba impertinente dentro del atractivo encuadre que forman el ábside de la Concepción, arbolado, murallas, puente y los consiguientes reflejos en el río, como ya apunté en columna de página de diario local en su día².

Continuemos el camino. Camino siguiendo la carretera y protegido de ésta con andén para cuantos amantes del paisaje le circulan en horas de esparcimiento. Otros han optado por el senderismo moviendo piernas por la línea inaugurada no ha muchos meses, a mitad de los rodaderos, a los pies de Cabestreros y San Lucas. Ambas rutas son bien elegidas para gozar del color que brindan los contornos y también las aguas del cauce que las encajan altas pendientes.

Por encima de San Lucas atisbamos un empinado barrio con alguna reminiscencia de casas encaladas morunas; encubren vida interior con patios emparrados o higueras sombreándoles cabe brocal de refrescante aljibe. Con el sol en el cénit, se logran fuertes cambiantes de luces y sombras con que sacar jugo pincel en mano, calle de la Candelaria y cuesta del Can, próximas a la de Recogidas, a la que con otro azulejo se le quitó la antigua denominación de

² «ABC» 14-2-1999, pág. 72.

«Arrecogidas», nombre que debió respetarse por su tradición, que sí reaparece en ese corto callejón con el de «Siete Abujeros», entrante junto a la Bajada del Corral de Don Diego.

Barrio comprendido entre San Miguel el Alto, San Lucas y San Justo, triángulo rememorador de artistas: Doménech el paisajista cubano, D. Julio Pascual; por abajo, D. Pedro Román, y más arriba la placa indicadora de que en la cuesta de San Justo residió en su infancia el famoso Fernando Álvarez de Sotomayor, al que acaso le naciera su vocación de pintor viendo a D. José Vera plantado su caballete por las cercanías, al decir del Marqués de Lozoya. De Álvarez de Sotomayor, director que fue del Museo del Prado, se exponen dos magníficos retratos de los Duques de Lerma, de los que sus descendientes conservan en su mansión-museo del Hospital de Tavera.

Continuemos bordeando el Tajo y alcancemos la Ermita del Valle. Recordamos desde allí el ciclo de conferencias ofrecido hace años en la desaparecida Casa de la Cultura que dirigía la académica Julia Méndez. Ciclo en que se debatió si Toledo tenía o no justas superficies verdes que pudieran hacerle aún más atractivo, y cómo poblar los inclinados derrumbaderos descendidos hasta el río, eliminado así los seculares echadizos de escombros que los afeaban. Por soluciones, se coincidió en que habría que procurar que prosperase una vegetación autóctona sustentada por nueva tierra y quitar cales y cascotes; también, que de trecho en trecho se colocara algún arbusto y que se dejara vista la roca saliente; nunca pretender hacer de todas las áreas un tapiz verde uniforme.

Mirando la margen derecha de la corriente fluvial, de arriba salta a los ojos el edificio del Seminario Mayor. En noviembre de 1983, por un grupo de artistas fue suscrita la petición de que se

tuviera en cuenta para un futuro un itinerario turístico a explotar³. Nació la idea por la llamada de atención del pintor Tomás Camarero, que advirtió que se estaban derribando unos abandonados garajes en la plaza de Santa Isabel, por lo que quedaba al descubierto un emplazamiento desde el que se contemplaba una singular vista interior de la ciudad. En la petición se solicitaba que en el aparecido solar se adecuase una plataforma como observatorio de la bella imagen surgida. Sería un punto de interés que, unido a una entrada por debajo del Seminario que hubiera de hacerse, visitantes foráneos dejando sus coches aparcados en un fondo habilitado al efecto, podrían acceder cómodamente al itinerario propuesto. Comenzarían visitando la iglesia de San Andrés; a continuación llegarían a la indicada plataforma, a los exteriores del conocido como Palacio del rey D. Pedro y convento de Santa Isabel, ostentadores de buenas fachadas decoradas, y a la no despreciable portada renacimiento sita en el callejón de Córdoba, continuando calle hasta reconocer las torres catedralicias y finalmente penetrar en su templo. Pero el solar descubierto rápidamente fue rodeado por empalizadas y de seguido por muros de nueva construcción, avisado el dueño de la pretensión de los artistas; bien que no hubiera tenido nada que temer el primero porque los segundos no encontraron otro eco que el de los medios de comunicación locales. Recientemente, al margen de aquella sugerencia, se ha firmado el acuerdo de horadar por la base del Seminario y hacer en el hueco producido un estacionamiento para automóviles. El itinerario turístico propugnado ya sería posible.

Dejando a espaldas la Ermita del Valle y ascendiendo por tomillares y retamas, rebasamos el Parador de Turismo y nos situamos en el camino de Cobisa a la altura del Cerro del Emperador. Si tenemos la suerte de estar en momentos en que ha cesado una lluvia y

³ Recogido en diario «Ya», edición de Toledo en 25-IX-1 983, pág. 47.

ha renacido el sol, el espectáculo de Toledo es de gozo extraordinario. Encontraremos nubes como las del Greco y el caserío brillando sus mudéjares y blancos, con sus sombras violetas, todo ello dominando la cinta semicircular del río, espejo de ese mismo Toledo. Compadeceremos a esos turistas a los que llevan a los miradores de la carretera de circunvalación para mostrarles la ciudad cuando la luz cae vertical, en medio día. En esa hora sólo pueden ver un conglomerado anodino, tal vez ceniciento y desdibujado. A veces se habla de la luz especial de Toledo, que, por supuesto, no es que los rayos solares que inciden sobre él sean distintos a los de cualquier parte de la Tierra; lo que sí puede decirse es que la configuración de la ciudad produce unos efectos característicos debidos a su topografía y a su arquitectura en conjunción con la atmósfera del día y hora reinantes. Aquí cabe atender a lo dicho por D. Enrique Vera en su discurso de ingreso en esta Academia, refiriéndose a pintores de fuera o poco conocedores de nuestro entorno. Vera Sales dijo: «A Toledo, necesariamente hay que pintarle viéndole mucho, haciendo de ella previamente un estudio espiritual intenso, para plasmar en el lienzo la Toledo obtenida tras una larga y meditada contemplación».

Abreviamos el tiempo del paseo y saltamos hasta la Venta del Alma con el soportal delante que pintó Ricardo Arredondo. Del artista se contaba que montaba sobre caballo con sus útiles de trabajo; de Beruete que, eligiendo cigarrales para desde ellos sacar sus paisajes, llevaba un criado acompañándole; de D. Pedro Román, que se acercaba hasta la Quinta de Mirabel en tartana, invitado por su vecino de la plaza de San Justo el capellán y administrador de la extensa finca campestre.

Ya sin carretera de circunvalación, cruzamos el Tajo por el puente de San Martín, y alcanzamos por delante del «Instituto Sefarad» el cubo de la muralla que enlaza con la corcha cercana al

Baño de la Cava. Desde ahí dominamos las riberas arboladas del río y con ellas las instalaciones de la antigua Fábrica de Armas; desde más lejos, rebasado sus cercados, pintó la ciudad Aureliano Beruete e igualmente Ricardo Arredondo. Esta Fábrica de Armas tuvo en diferentes períodos nóminas en que no faltaron artistas y artesanos toledanos de relieve. De esta factoría salió el muy solicitado instrumental quirúrgico fabricado y en alguna época hojas de afeitar de cuidado temple, como complementos económicos de la industria de guerra allí establecida. Tiempo en que según se lee en una revista publicada en Madrid, de título «*Regiones*», en número extraordinario de agosto de 1935, se pedía que la Fábrica toledana se aprovechara para confeccionar en ella máscaras antigás, pues ya el temor a armas químicas de una segunda guerra mundial previsible, embargaba a amplios sectores de la población española.

Ascendiendo hasta San Juan de los Reyes y ya en la iglesia, contemplamos su cabecera, en lo alto, el cuadro de grandes dimensiones de Manuel Romero Carrión que quedó titulado «*Exaltación de la Inmaculada por la Orden franciscana*». La artística obra pudo verse de cerca antes de ser colgada, en 1972, en acto presidido por el obispo auxiliar D. Anastasio Granados, en cuyos instantes anunciaba por primera vez su próximo traslado para regir la Diócesis palentina. Los personajes representados en el cuadro son, rodeando a la Inmaculada, los santos franciscanos San Buenaventura, San Antonio de Padua, San Diego de Alcalá, San Pedro Bautista protomártir del Japón, San Francisco de Asís, San Pedro de Alcántara, San Pascual Bailón y San Bernardino de Sierra; de santas, lo están Santa Clara de Asís fundadora de las Clarisas, Santa Beatriz de Silva y Santa Isabel de Hungría patrona de los franciscanos seculares. Dos personajes más, según se mira a la derecha, el cardenal Cisneros y a la izquierda retratado el autor, Romero Carrión, con el pendón municipal, símbolos del voto hecho por el Ayuntamiento en

1851 de defender el dogma de la Inmaculada. Fuera del templo, figura en piedra la Virgen conmemorando el mismo voto, realizada por el escultor Cecilio Béjar.

Enfrente de esta estatua, en exposición del establecimiento de cerámica de la familia Aguado, un gran paño de pared fue decorado con inspirado motivo de tal arte la escena de los condenados a galeras apedreando a Sancho y a D. Quijote, una vez liberados por éste. Digna obra artística, desaparecida por roturas hechas por desaprensivos callejeros, creación que hoy no podemos contemplar del que fuera Académico fundador de esta Institución, en cuya sede hoy estamos, D. Sebastián Aguado Portillo. Al hilo de nombrar a un ilustre ceramista, no debe pasarse por alto hacerlo con otro posterior, que fue D. Vicente Quismondo. De él son dos trabajos en media luna, muy estimables, con Francisco Jiménez de Cisneros cubriendo uno, y el otro centrandó a San Francisco, impresión de las llagas, fechados ambos como la citada pintura de Romero Carrión, en 1972; las cerámicas están implantadas en el zaguán de paso a las salas de los frailes actuales, al lado de la Escuela de Artes.

Voy terminando. Alcanzando la calle de Santo Tomé, entramos, volviendo por esquina, a la iglesia; en ella, como retablo, la preside el óleo de Vicente López con su composición de Santo Tomás después de tocar la llaga de Jesús. Damos la vuelta para visitar la pintura «El Señor Orgaz», pero disponiéndonos a ver al mismo tiempo, un día, el Cristo de Luis Tristán de la pared de enfrente a la de la obra del cretense, nos corta el paso un vigilante, muy servicial, diciéndonos: «Perdón, la salida se la han dejado atrás». Se le responde: «Sí, pero es que queremos acercarnos a aquel otro cuadro». De lo que se desprende que el Luis Tristán debe estar siempre olvidado. Tanta atención concentramos en las obras de los más famosos artistas, que quedan empalidecidos aquellos sus notables contemporáneos.

Saliendo a la plaza, plaza del Conde, echamos la vista a la confluente calle de San Juan de Dios; avanzando un poco por ella, aparece ante nuestros ojos la fachada de una casa datada del siglo XVI. A su dueño, ya fallecido, D. Pedro Sanz Ruano, por esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas le fue otorgado el premio anual «*Gonzalo Ruiz de Toledo*», en 1991, por méritos de la conservación y restauración con que trató a ese edificio de su domicilio. Curiosamente, este D. Pedro refería de su padre, de igual nombre al suyo, que en su juventud, desistiendo de la carrera de Ingeniería industrial cursada, condujo su vida a hacerse pintor. A tal fin marchó a París para embeberse de Arte, porque a la sazón allí radicaban las corrientes artísticas imperantes. Después de trabar amistad con Picasso, Modigliani, Apollinaire y Rubén Darío, más de uno de los concurrentes en Montmartre y Barrio Latino, le aconsejó: «Si quieres enriquecer tu arte, vete a Toledo de tu España; encontrarás en la pintura de El Greco más de lo que aquí puedes aprender». Así lo hizo Pedro Sanz García, nacido en la provincia de Soria en 1880, y aquí en Toledo por algún tiempo fue profesor de la Escuela de Artes.

Finalizando, puestos a descansar del recorrido y deseando hacerles descansar a ustedes, termino con la grata observación hecha en la toledana plaza de El Salvador de que en ella se ha hecho remanso a la que se ha adecuado para esparcimiento de familias vecinas, otros residentes y visitantes, donde es hallada una estampa recuperada, que es la de ver a chiquillos jugando en las plazas y a gente adulta sentada al aire libre. Lugar de recreo y estímulo añadido, ejemplo para no dejar deshabitado el ámbito toledano que guarda tanta Historia y tanto Arte.

Muchas Gracias.